

M. Brice Parain

Un ensayo sobre la miseria humana



El libro de M. Brice Parain publicado recientemente por Grasset, París, «Essai sur la misère humaine», es una obra importante que merece se le conceda bastante atención. El nombre del autor nos era desconocido, como creemos les ocurrirá a la mayoría de aquellos que se tienen al corriente del movimiento literario. Obra desprovista de habilidad y de retórica, se ve que M. Parain no ha tenido por un instante la intención de halagar o sacrificar ante una moda. En este sentido, su ensayo es un libro honrado y de buena fe, la cosa más rara del mundo en nuestros días. Parece el monólogo, vehemente y apasionado de un solitario a cuyo espíritu se presentan sin cesar problemas que le obseden, y que aparece animado por una evidente sinceridad.

Sin embargo, el *Ensayo* es un libro difícil, hasta obscuro. La dificultad proviene, principalmente, de que el pensamiento de M. Brice Parain es muy confuso, y de que se expresa con una vehemencia que a ratos perturba su claridad de expresión. Hemos de agregar que

el autor posee una manera personal y, a nuestro modo de ver, no conocida hasta ahora, de presentar los problemas que trata, moviéndose sin cesar del plano de la idea pura al de la realidad cotidiana, es decir, abarcando dos dominios que, por lo general, se acostumbra examinar separadamente. Pero no por esto es menos cierto que el *Ensayo* se esfuerza constantemente por sobrepasar las contingencias de la época, que quiere ver claro en este mundo caótico y en el hombre de hoy que refleja ese caos. Todos los problemas que examina son, por lo tanto, de esos que interesan al destino humano.

M. Brice Parain hace alusión a la expectativa apocalíptica de una gran catástrofe que paraliza en nuestros días a tantas inteligencias: «Entretanto, en 1933-34, la espera del fin del mundo cubre a Europa; sí, la creencia en el fin del mundo y no una esperanza de revolución social, o de paz o de guerras ardientes. Europa se siente acorralada en un paraje sin salida. No se ve la escapada por ninguna parte. Moriremos todos juntos, decían junto a mí hace poco unos campesinos de la Brie, refiriéndose a la guerra próxima. Les llega a su vez el turno a ellos, después de los alemanes y de los rusos. El horror que se imaginan se les aparece como una salvación. Moriremos todos juntos, y será mejor, puesto que no hay otra solución. Es mejor morir todos juntos, ya que no hay otra salida, desde que uno se siente tan mal a la idea de morir solo, aun creyendo que no haya otra solución»...

Es esa la descripción más lúcida, la más implacablemente exacta de un fenómeno de nuestro tiempo que los historiadores del futuro llamarán acaso «el gran terror del siglo XX». Sin embargo, tal espera es vana, y M. Brice Parain no nos lo disimula: «He ahí un milagro más que no se realizará. Quedarán sobrevivientes de la catástrofe. Pues esta espera del fin del mundo no es más que el último fantasma, la última alucinación de un pensamiento que ha caído en la impotencia por no hallar aplicación».

Se toca aquí una de las ideas fundamentales del autor, su convicción evidentemente más profunda. Hacia el final de su obra le veremos volver a lo mismo, al formular, en forma de mandato, la siguiente conclusión: «Hay que mantener al hombre en su tarea. Gracias a ella se hace inmenso, y esa es la única inmensidad que logra transmitir». No hay duda por lo demás que si el pensamiento actual se muestra impotente en aplicarse a algo, se debe a que el objeto sobre el cual debe ejercitarse está en perpetua fuga. El mundo moderno está convulsionado, y su drama es ignorar su forma. El pensamiento no llega a captarla. La inteligencia está en derrota, y el lenguaje que le sirve para expresar su pensamiento no logra expresar ya nada que corresponda a una realidad.

M. Brice Parain pertenece, sin duda, a la generación de hombres que tienen hoy de treinta y cinco a cuarenta años, es decir, que pasaron directamente del estudio y el taller a las trincheras. La primera parte de

su *Ensayo*, intitulada: «Breve historia de la postguerra», cuenta precisamente las experiencias y las trágicas decepciones de los hombres de esta generación. Puede decirse que ellos tuvieron su nacimiento a la vida en el momento de ser llamados a los cuarteles. Los demás estaban ligados todavía al pasado, por una esposa, hijos, intereses; pero ellos no tenían pasado alguno. Sus costumbres, sus creencias heredadas, las ideas adquiridas, todo eso que en ellos era tan frágil, había sido aplastado en ellos por una nueva formidable realidad: Eran ellos los elementos de un universo de violencia, y quedaban separados de todo por su violencia: del amor, del trabajo, de las mujeres, de los niños. . . Habían conocido una especie de seguridad, la de aquellos hombres cuyas necesidades son satisfechas sin que ellos tengan que elegir o resolver: otros hombres decidían por ellos. En cuanto a ellos, sólo conocían la muerte, la muerte cruda, como dicen los campesinos, con la cual habían tenido un largo tete-a-tete. Y vino el fin de la guerra, la desmovilización. Se les había alimentado, y ahora se les abandonaba a su debilidad. Acababan de pasar dos años, tres años, en la ociosidad, en la despreocupación de todo, como polluelos a los que se cría en el corral y entre los cuales de tarde en tarde se escoge al más gordo para comerlo. . . Y he aquí que ahora se les deja que se manejen como puedan, que se metan en un oficio, que sepan elegirlo, que decidan si se casarán o no, que vuelvan a tomar contacto con gentes de otra edad, que

no saben nada de nada, que no han sabido jamás lo que es el miedo. . .

Su oficio de soldados les había moldeado la mente a falta de una fe religiosa. A fuerza de tantear, y siempre en vano, cuales serían sus probabilidades de salir vivos de las trincheras, habían comprendido que la razón calculadora es vana, ilusoria e impotente. Habían aprendido las ventajas del bluff, del engaño, y habían llegado a la conclusión de que la verdad no existe. De aquí que la historia de la guerra para los hombres de más de treinta y por llegar a los cuarenta años, la historia de la postguerra, la historia de las gentes en esta época, es la historia de la ruptura del hombre con la verdad, del cuerpo con la razón, del pensamiento con el lenguaje, es la historia de innumerables y dolorosas dislocaciones en los partidos, en las clases sociales, en los deseos, en las inteligencias, en los pueblos, es la quiebra del racionalismo, es la división del hombre en una infinidad de fragmentos entre los cuales se siente extraviado. . .

La idea de M. Brice Parain trata aquí de demostrar la certidumbre de que el hombre ha perdido contacto no solamente consigo mismo, sino aun con la realidad a que se halla ligado por su centro. He ahí la tragedia del hombre moderno, tal cual la ve M. Brice Parain, y por más que él la describa en un lenguaje impropio, a menudo irritante, se nos aparece evidente. El hombre ha quedado «desligado» en el espacio y en el tiempo, flotando a la deriva, sin nada que le ate a lo que fué o a lo que es. No le queda ni siquiera la con-

ciencia de su voluntad fundamental. Es, en cierto sentido, un alienado. Y la inteligencia, en vez de venir en su ayuda, le precipita una y otra vez en la confusión.

No hay ni una sola mujer, dice M. Brice Parain, que no desee tener hijos, pero la reflexión va contra ello: se enfermarán, costarán demasiado caro, acaso mueran prematuramente, o serán enfermizos o deformes, o idiotas o ingratos. Así es como corre la voz: «Por mi parte, no quiero hijos, es una tan grande esclavitud!» Y, a pesar de todo, su carne está pidiendo no uno sino dos o más, y ellas consienten un día en tenerlos, acaso en el momento en que estaban menos prestas a tenerlos, pero con ello todo su esnobismo, toda la cobardía, todas las mentiras que se decían a sí mismas o a los demás, se rompen de repente, estallan bajo la violencia de esa lava que bullía en su cuerpo. O bien ellas no se deciden jamás, tras haberse condenado para siempre a la esterilidad, y sólo sus amantes, sus maridos, sus sirvientes saben lo que ellas sufren a causa de esto.

Es menester leer con toda atención este pasaje, en primer lugar porque la dialéctica descuidada y vehemente no permite comprender el sentido a la primera ojeada, y luego porque encierra otra de las ideas capitales del autor. El nos hace asistir a través del ejemplo que ha escogido, la elaboración por el intelecto de una *contraverdad*, o por mejor decirlo, de una verdad que trabajará contra la naturaleza. La inteligencia del hombre llega en ciertos casos—M. Brice Parain diría, probablemente, en todos los casos—a concebir una sa-

biduría que está contra la vida, pero que la penetra y le da su forma—una forma que la vuelve en contra de ella misma. Con esto pasa a oponerse al libre juego de los instintos. Y como la vida no podrá jamás dejarse dominar completamente por la inteligencia, ocurrirá que al fin tome el desquite sobre la inteligencia: tal es el caso de la mujer que tiene hijos, a pesar de haber declarado que no quería tenerlos. Se comprende que M. Brice Parain aconseje desconfiar con respecto a las teorías, al escamoteo de las ideas, de los argumentos, que se manifiestan por medio del lenguaje. «Convendrá siempre, dice, distinguir entre lo que el hombre hace y lo que dice, de seguirlo en lo que hace y no en lo que dice o piensa con palabras, y luego examinar lo que él diga, no en sus palabras y réplicas a otras palabras, sino con relación a lo que hace y aquello que necesita. Puede así, confrontarse lo que el lenguaje separa y la vida reúne, lo que el cerebro declara imposible y lo que la vida mantiene.

El punto de vista de M. Parain es claramente el del campesino, o por lo menos el de un hombre que sigue siendo amigo de las cosas de la tierra y de la vida rural, y que comprueba con desesperación que la industrialización racionalizadora comporta consecuencias fatales. Por lo demás, el autor no se hace ninguna ilusión acerca de la posibilidad de una vuelta de las sociedades modernas al estado preindustrial y del artesano. Otra cosa que sorprende en M. Parain es su decidida desconfianza respecto del retórico, el teo-

rizante y el charlatán, y aun de la razón misma: rehusa reconocerle a ésta una función directiva, y piensa que su papel está en realidad en satisfacer los deseos del hombre, o sea de servirlo en vez de dirigirlo. «La razón no podría llegar a ser una potencia educadora sino al conseguir satisfacer realmente los deseos; pero, en realidad, son los deseos los que han menester a menudo de manejarla, tal como se llama al orden a un obrero que flojea o que ha olvidado su faena.» También cree el autor que tampoco nuestros intereses podrían servirnos de guía, puesto que ellos no son otra cosa que deseos que otros nos quisieran ver satisfacer, pero que nosotros no sentimos realmente.

El fin del *Ensayo sobre la miseria humana* se pone tendencioso; pero en suma eso nos parece natural, y nos habríamos sentido burlados en nuestras expectativas si el autor se hubiese limitado a una crítica tan lúcida como se quiera, sin expresar su esperanza en una enmienda de la humanidad. M. Brice Parain no la cree posible sino en la posibilidad de una rehumanización del hombre, o sea, a condición que el hombre vuelva a demostrar confianza en sus instintos, en sus deseos, y siga menos ciegamente a la razón. «Lo que queda de todas las ilusiones, escribe, de todos los anhelos, de todas las creencias, lo que es potente, lo que es sólido, aquello sobre lo cual se puede edificar, es una necesidad muy sencilla, muy elemental, de vivir. Y es ésta la primera anunciación de una manera de vivir proletaria, de una civilización que nace, de gentes rudas

que quieren vivir laborando, no pensar en otra cosa que en su trabajo, para que el trabajo les agote todas las energías, así al sentirse fatigados ponerse a descansar, y si el corazón se lo pide, ponerse a cantar o tenderse al sol. Para ellos el mundo se mueve con lentitud, sin lamentar cada día lo que fué hecho la víspera, sin pagar cada día muy caro lo que estaba ya olvidado la víspera». Tal aspiración es conmovedora, pero uno se pregunta hasta qué punto M. Parain espera en el fondo que sea un hecho ese mundo feliz.

El *Ensayo sobre la miseria humana*, es un libro de época, de circunstancias, pero no por eso deja de ser un libro que invita a leerlo y a meditar. Jamás los males que nos abrumaban habían inspirado a un hombre una protesta más lúcida y apasionadamente sincera: esta sinceridad y esta lucidez constituyen todo el mérito de la obra.

(Traducción especial para «Atenea» de *Le Mois*, París).